



LA BRUJA HARILLA

Ángel Fernández Benítez

LA BRUJA HARILLA

LA BRUJA HARILLA

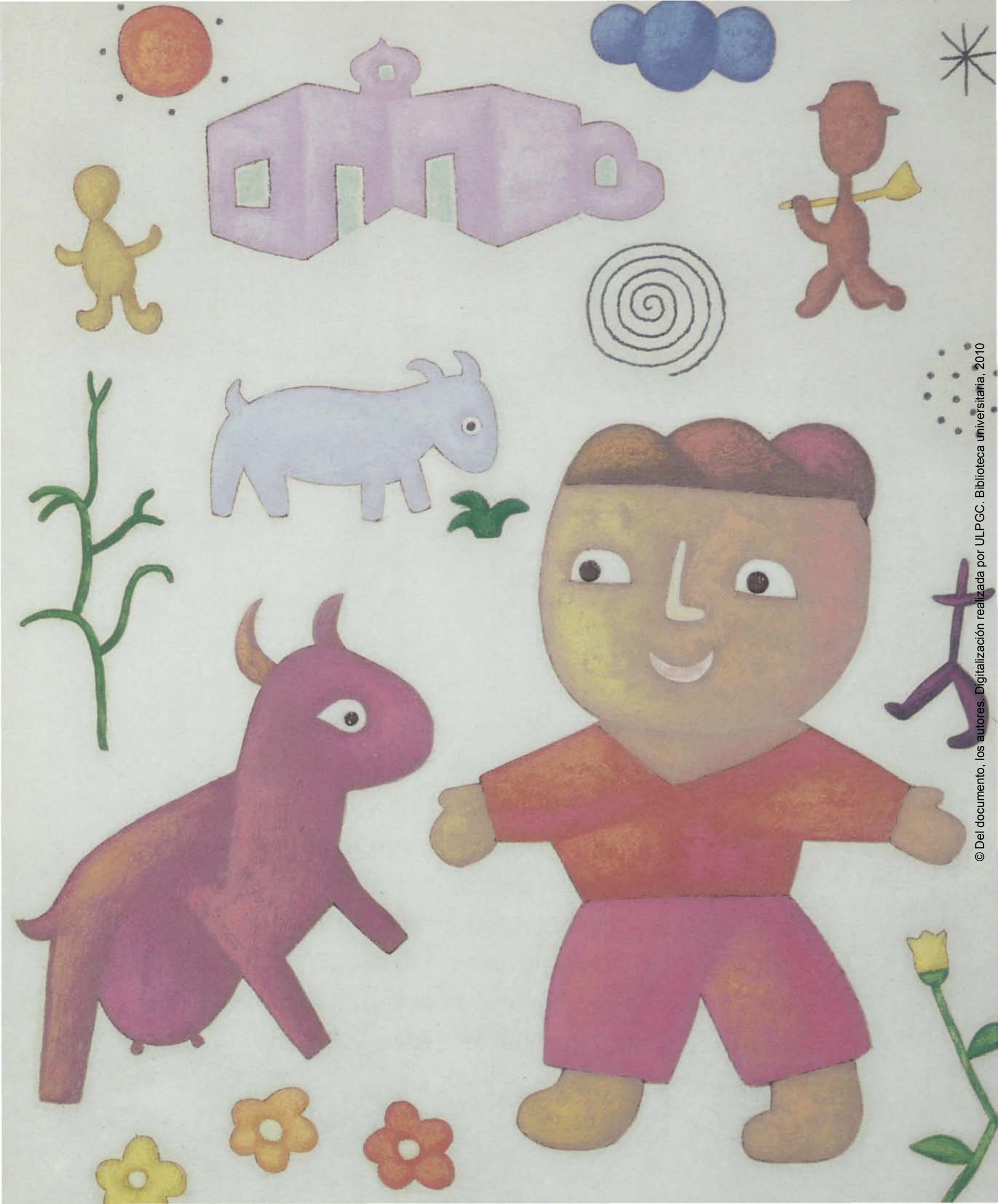
Ángel Fernández Benéitez

Ilustraciones

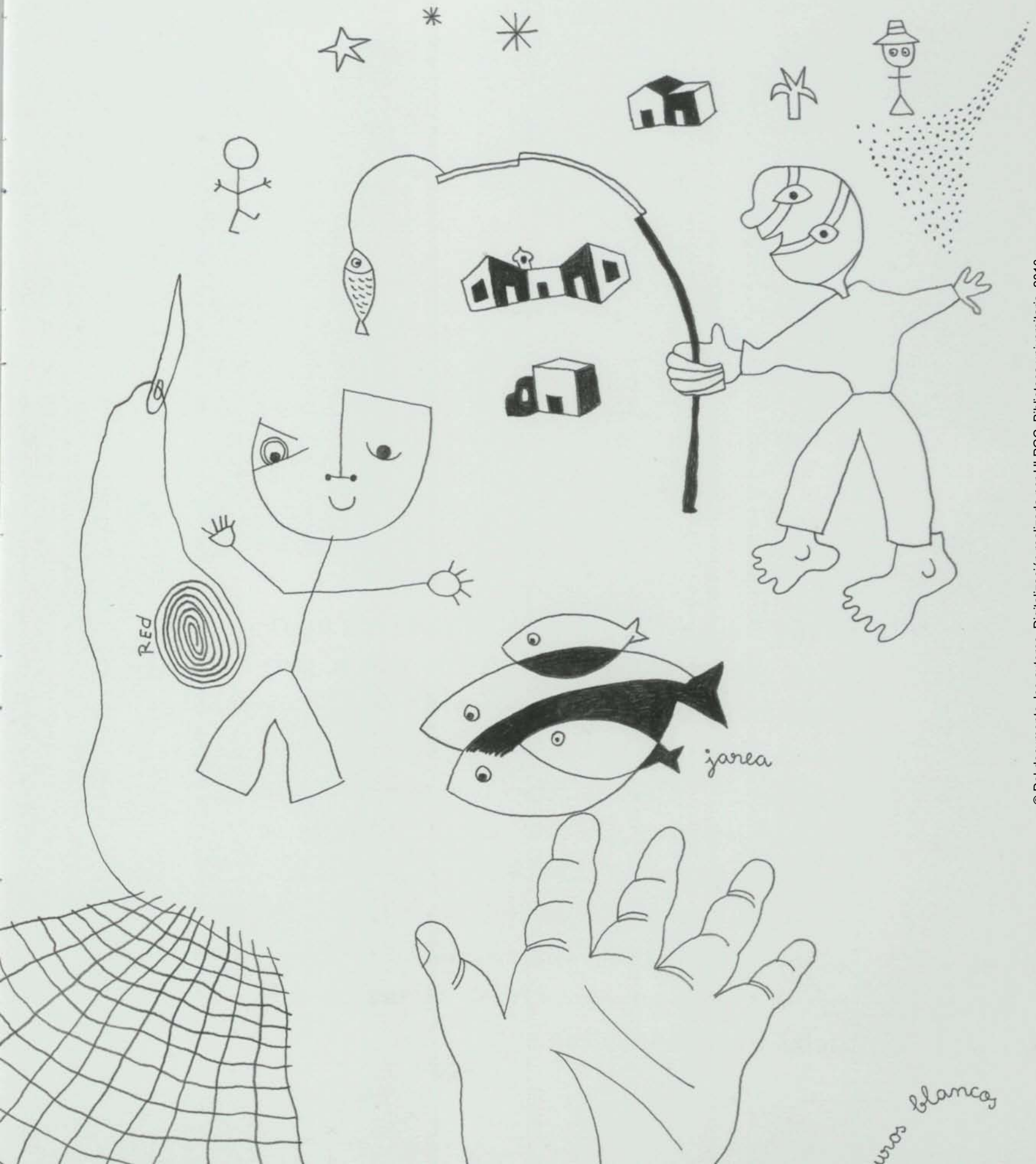
Tayó

Ginés era un niño menudo y ágil, como...
Ginés era un niño menudo y ágil, como...
Ginés era un niño menudo y ágil, como...
Ginés era un niño menudo y ágil, como...
Ginés era un niño menudo y ágil, como...
Ginés era un niño menudo y ágil, como...
Ginés era un niño menudo y ágil, como...
Ginés era un niño menudo y ágil, como...
Ginés era un niño menudo y ágil, como...
Ginés era un niño menudo y ágil, como...

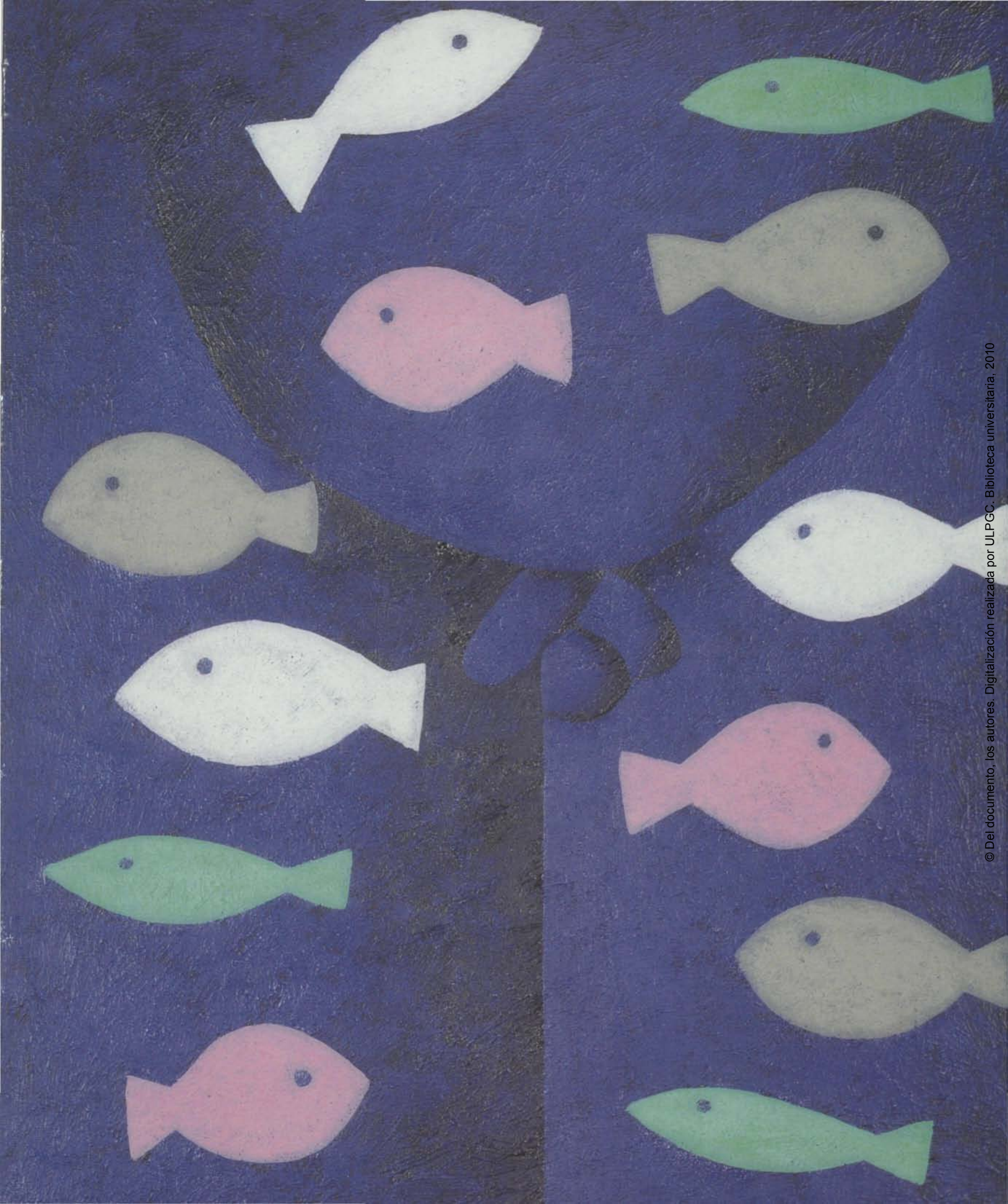
...el jable que el viento levanta a la orilla del mar. Aunque iba a la escuela como los otros chicos, no contaba con muchos amigos, porque se decía que a Ginés le faltaba un agua. Sólo la cabra vieja y su baifo blanco le demostraban afecto. Cuando el muchacho acudía al corral para sacarlos a pastar, mamá cabra lo saludaba así: «Gineeeeé». «Neeeeé», coreaba el cabritillo.



Vivía Ginés en una isla toda de arena, cerca de la costa que por allí era alta y de basalto negro. En una ensenada de aquel islote, abierta al mediodía, se alzaba una pequeña aldea de pescadores. Las casas se orientaban hacia el mar y así se protegían del azote de los vientos que atravesaban el arenal desde el Noreste. En el soco que formaban los muros blancos, se secaban y zurcían las redes y se jareaba el pescado.



Ginés solía ayudar a su padre que era marino, pero sólo en las faenas de tierra, porque aún no tenía edad de embarcarse. Cuando el chico no hallaba ningún quehacer, mariscaba entre las rocas o se zambullía en las caldeadas aguas del muelle, donde se varaban las falúas. Allí buceaba hasta el fondo para ver las fulas de color violeta, los pejeverdes, las lisas plateadas y, a veces, algunos sargos rayados que se acercaban a la orilla para buscar alimento.



No le asustaban a Ginés los acantilados vecinos, aunque, a veces, semejaban terribles gigantes desfilando hacia la isla, hombro con hombro, como amenazantes soldados de un ejército pétreo. Al contrario; le hacía gracia verlos al amanecer, porque parecía que se peinaban sus melenas de nubes grises y las recogían en un moño alto, entrada ya la mañana.



En cambio, sí que le inspiraba gran desazón pensar en la bruja. Según las viejas del lugar, una hechicera malvada habitaba por aquellos riscos y los recorría por la noche, echando chispas en sus vuelos. La llamaban la bruja Harilla y pronunciaban su nombre expulsando mucho aire desde el fondo de los pulmones, como en un susurro. Lo hacían así

adrede, para meterle miedo a los niños más pequeños.

Un mal día, los pescadores regresaron de su faena sin un solo pescado. Ni un miserable caboso había en las redes y cuantas nasas habían sacado del fondo del mar, se hallaron vacías. Así un día tras otro. Pronto, en los hogares empezó a escasear el sustento.

Ginés oyó a los hombres comentar el fenómeno mientras fumaban picadura y miraban con preocupación hacia los barcos fondeados. Cada vez debían alejarse más y más de la isla para coger apenas unos pocos seifios. Los pescadores se hallaban descorazonados. A medida que pasaban los días, zarpaban menos barcos y los marineros, ociosos y aburridos, se juntaban en la taberna a beber ron.



Rezaban las mujeres para contrarrestar el mal de ojo y las más viejas realizaban, en secreto, conjuros con la intención de atraer nuevamente a los peces. Por la aldea corrieron habladurías. Se decía que en casa de Fermina, la rezadora, quemaban hierbas con poderes mágicos. También se oyó que habían destripado un pichón para mirarle la asadura y descubrir así la causa de aquel infortunio.

Entre tanto, Ginés seguía llevando a pastar a su cabra y al baifito. Mientras éstos ramoneaban entre los matos, el chico pensaba en la bruja. Ella debía de ser la culpable de todo. La imaginaba llena de verrugas verdes y sentadaza en el pírgano de su escoba.



Por la noche Ginés escudriñaba las moles negras de la costa. Allí enfrente, sobre los riscos vecinos, las idas y venidas de la bruja Harilla dejaban un rastro de luz azulada y chispeante. Entonces, el chinijo se acordaba de las hogueras de San Juan, cuando el calor de las llamas levanta brasitas y el viento las arrastra prisioneras hacia la oscuridad. Asustado por el recuerdo de los fantasmas que había visto bailar en las llamas, se escondía Ginés bajo la almohada y rezaba.



Una mañana, de camino a la escuela, observó el chico que la tribu de gaviotas que vivían en la playa, había alzado el vuelo. Pasaron los días y los pájaros no regresaron a su hogar habitual. Entonces Ginés empezó a sospechar que a las gaviotas también les ocurría algo raro. Las pardelas de los roques cercanos tampoco volvieron por la isla y algunos hombres que fueron a cazarlas por la noche con linternas, hallaron los nidos vacíos.



Nadar en las cercanías del muelle se hizo aburrido. Ya no había pulpos ni erizos ni estrellas de mar. Las aguas vacías mostraban una calma tensa y desapacible. Aquel era un mar triste. Ni siquiera se oía ya la algarabía de las gaviotas revoloteando sobre el muelle. Los alcaravanes y las cigüeñas desaparecieron también.

Entonces Ginés tomó una decisión: Iría hasta la guarida de la bruja Harilla para salvar a su pueblo. Ni corto ni perezoso, un día echó al mar un esquife y se dirigió hacia los gigantes negros de la costa, sorteando la corriente y saltando sobre las olas.

Cuando se hallaba ya muy cerca del acantilado, oyó el graznido lejano de un cuervo. Aquel ave debía de ser un espía enviado por la vieja hechicera. Tan pronto saltó a tierra, divisó no uno, sino dos pajarracos negros que lo controlaban desde un saliente del cantil. Aquel otoño en que se marcharon las gaviotas y no se vieron garzas ni chorlitos, los cuervos seguían al pie del enorme risco. Sin duda alguna, eran los esbirros de Harilla.

Ginés ascendió la empinada ladera con muchas dificultades. Buscó aquí y allá el rastro de la maligna maga. Por más que anduvo, no halló casa ni cueva en aquel desierto vertical. Tan sólo encontró una señal del hombre: una torre metálica del tendido eléctrico que servía para llevar energía hasta la isla. Estaba oscureciendo cuando el chico se engurruñó contra la base de cemento de aquella torreta. Allí mismo, se durmió agotado por tantos esfuerzos.



Estaba todo oscuro, cuando un zumbido despertó a Ginés. Era como si muchas moscas volaran en torno a él. No vio nada. A su alrededor, sólo se extendía la inmensa negrura de la noche abrumadora. Le dolían los brazos y las piernas entumecidos por la postura, y una punzada en el estómago le recordó que no había comido en muchas horas.

De las profundidades del abismo ascendía un soplo caliente y húmedo, como un aliento humano. Era la brisa marina que subía por el barranco, cargada de nubes. Asustado, detuvo su respiración, para aguzar el oído. Nada ni un sonido nuevo pudo apreciar, sólo el zumbido de aquel moscardón fantástico. Apretó los párpados queriendo descubrir en la oscuridad una figura.



Entonces la vio. Sobre su propia cabeza, un chispazo azulado le advirtió de la presencia mágica. Era ella, Harilla. Al destello primero, siguieron otros, lejanos a veces; en ocasiones, tan próximos que hacían temblar de horror a Ginés. Parecía que la bruja se lanzaba al abismo y luego se elevaba verticalmente mucho más arriba de donde se encontraba el chico. Éste creyó ver en el vestido negro de la hechicera lagartos y perinquenes de extraordinaria y horrible movilidad.



Perenguen

lagarto

HARILLA

No pudo dormir más. Con los primeros resplandores del amanecer, desaparecieron las idas y venidas de la bruja. Al alba también, llegaron voces de hombre desde el fondo del acantilado. «Ahí está», oyó Ginés. Quiso levantarse a ver quiénes eran, pero no pudo.

Poco después, bajaba el risco a costillas de su padre. Ya en la falúa que puso proa al muelle, le dieron de comer gofio amasado con queso y azúcar. Y así fue reanimándose, mientras la quilla de la embarcación rompía las olas.



Muchos años después, cuando Ginés llegó a saber que las brujas no existen y que son sólo personajes de los cuentos, entendió también el porqué de aquellas luces azuladas y chispeantes. Eran pequeñas descargas eléctricas de esas que, a veces, pueden verse en los cables de alta tensión, cuando hay mucha humedad en el ambiente. Quizá, tú mismo las hayas observado en alguna ocasión. Sin embargo, Ginés, que fue pescador como su padre, no quiso comprender nunca por qué los peces se alejaron de aquel litoral para siempre. ¿Lo adivinas tú?



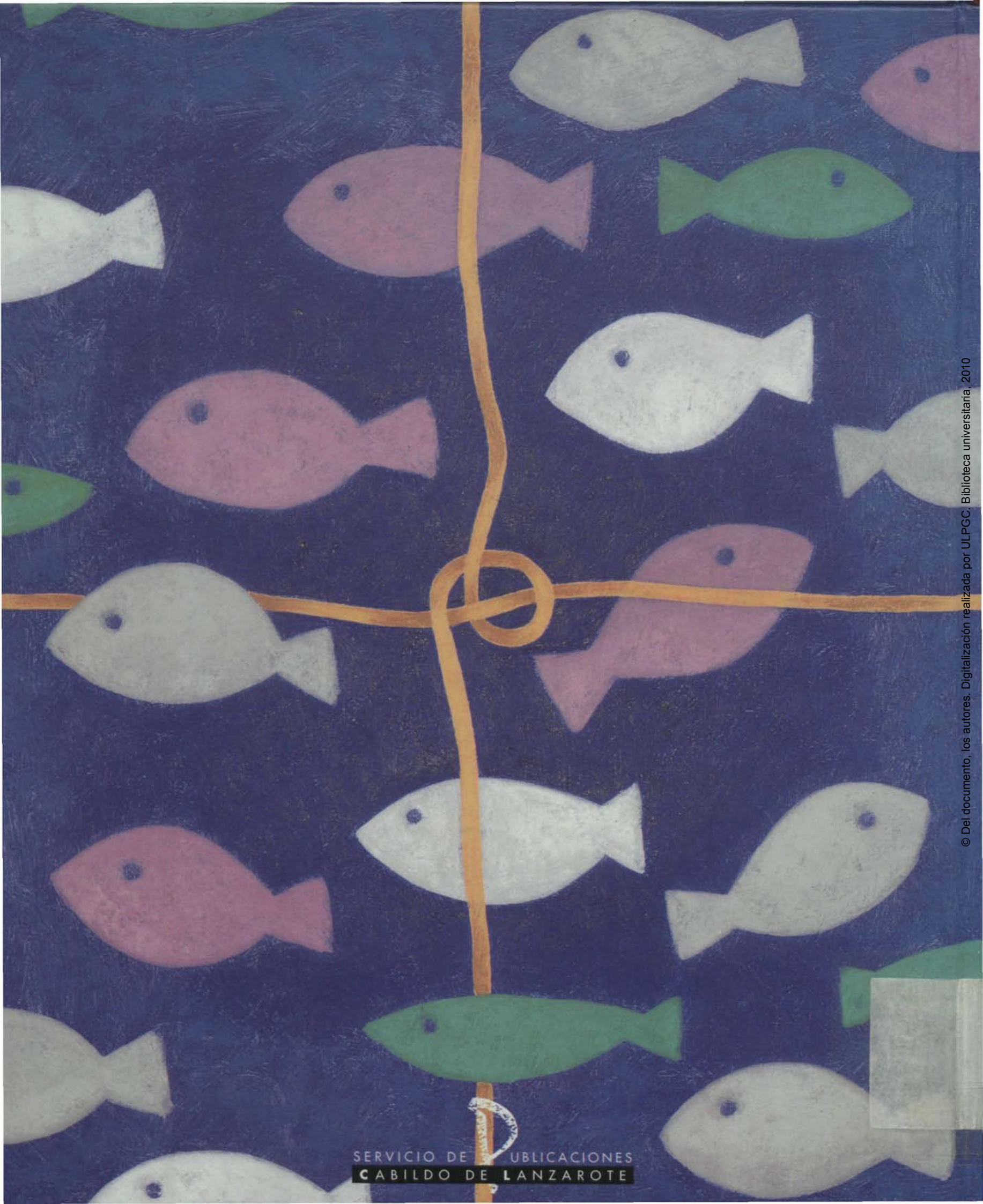
© Del texto: Ángel Fernández Benítez.
© De las ilustraciones: Tayó.
© De la edición: Cabildo de Lanzarote.
Servicio de Publicaciones.
Fotografías y maquetación: Luis Guirao.
Coordinadores de la edición: Eva de León Arbelo
y Antonio F. Martín Hormiga.

ISBN: 84-87021-36-0

Depósito legal: S.S. - 1.291 - 96

Fotolitos Ernio, S.L. - San Sebastián

Imprime: Litografía Valverde, S.A.L. - Irún



SERVICIO DE PUBLICACIONES
CABILDO DE LANZAROTE